

# ***Chichi en el día de todos los santos***

**Fernando González-Davison**

La llegada a Chichicastenango se hace pasando antes por el lago de Atitlán, en cuyas márgenes las hortalizas y el turismo de foráneos tupen la vista coloreada del lar. Luego, en el corazón del altiplano de Guatemala, a dominante indígena, se sube al espinazo montaños de tierra fría. Así, en medio de barrancos, hondonadas y cimas pobladas de pinos, se desciende a «Siwán Tinamit» - o pueblo de los barrancos en quiché - que es Chichi, como se abrevia por los hispanizados (mestizos culturales, mal llamados localmente «ladinos»).

En sus alrededores - es viernes - los pastores de ovejas, niños y jóvenes, son los únicos activos que se obsenan, pues desde la entrada a las limpias calles empedradas de Chichi, todo parece inmóvil, como rasgo de asombro. Incluso en la plaza, todo es silencio. Las dos iglesias encaladas y con dejos de humo están en suspenso. Algunos perros deambulan metiéndose entre algunos almacenes abiertos para turistas que llegan de improvisto. Los funcionarios indígenas hacen bordados, sentados en una banca, y en la alcaldía, tres agentes de la policía juegan dados. Algunos vehículos sorprenden de pronto con sus motores. Pero pocos salen de casa: están ocultos en las labores hogareñas, o en el campo, mujeres y varones respectivamente, y algunos, en la plaza, apenas disturbán la calma. Las puertas cerradas son el signo.

Y sin embargo un hervor latente fluye del seno y entorno de Chichi. Posiblemente es la historia y el presente a la vez, o tal vez la guerra civil que recién acaba de concluir y en cuya base el campesinado indígena fue el elemento insurreccional por excelencia.

En efecto, el sistema opresor en los 70 elevó al máximo la soberbia «ladina», e hizo olvidar que en el altiplano nadie debía provocar al indígena, porque la sublevación sería terrible, como siempre temieron los funcionarios hispanos en la Colonia. Por ello, la prudencia fue sana consejera desde ese período hasta este siglo: es decir, no disturbar a ese volcán social y menos aún sus costumbres, ritos y melcochas mágico-religiosas, que en alguna u otra forma representaban el legado precolombino. A fines de los 70 se fue muy lejos y el eco de la terrible represión oficial fue la reacción a una encendida rebelión en proceso, al ser afectados en sus

tierras, que algunos empezaron a usurparles con la venia gubernamental del momento. La tierra sagrada, eje del «mundo», sitio de vida y de los mismos antepasados, arrebatada, no lo sería con la complacencia y el silencio de sus moradores. Las viudas y huérfanos son hoy mudos testigos de esa hecatombe.

La rebelión y apoyo a una guerrilla que se generalizó también incorporó un elemento adicional: el recelo histórico y rechazo al «ladino». No en un viernes como hoy, sino cuando en Viernes Santo, la mayoría indígena de Chichi espera temblorosa el momento para despedazar, sádicamente, al muñeco de Judas, representación de lo hispano de ayer y de hoy, hasta llevarlo al fuego casi con furia. Ese olvido costaría caro a toda la sociedad guatemalteca.

Aún hoy, muy al norte, existen reducidos rescoldos vivos de la insurgencia respirando el mismo aire de pinos. Pero ya todos no quieren saber de guerra, al menos no como la sufrida, incluso por muchos pobladores de la jurisdicción de Chichicastenango. De allí el perenne recurso al ritual ancestral. Pero, entre las grietas abiertas, se gestó la apertura y penetración de diversas sectas evangélicas, antes vistas como intrusas por los moradores del lugar.

### ***La iglesia principal***

En esa plaza silenciosa, atrae la iglesia principal, construida en el siglo XVIII. Su monasterio y sacristía fueron levantados en el XVI, el mismo en que se redactó y encontró el libro sagrado del Popol Vuh, conocido como la antigua biblia de los quichés, la más importante tribu de Cuatimalán (lugar de forestas en tlascalteca) a la llegada de Pedro de Alvarado.

Hoy los mitos han sido olvidados. Nadie recuerda las leyendas y tampoco los mitos del Popol Vuh ni otros. En consecuencia han sido sustituidos por el «ritual» que mantiene el lazo con el tiempo de los ante pasados y adquiere el grado sagrado para la comunicación con el «mundo» (que bien pudiera ser que así se llame ahora a Corazón del Cielo, la suprema divinidad maya).

La iglesia está construida sobre un terreno que se eleva varios metros encima de la plaza, lo que hace necesaria una escalinata de dieciocho gradas altas que llevan al atrio, de frente al portón de entrada: al subirla, las manchas de humo, los restos de veladoras se evidencian, concentrándose estas protuberancias de parafina y las huellas de humo, cerca de la puerta de la iglesia, en una estructura de casi un metro por medio de ancho: es el «quemador».

En día domingo, de mercado, el bullicio ordenado en la plaza es el de comunicación entre los moradores, ofreciendo y vendiendo una hilera sin fin de productos - una máscara curiosa de la pobreza. Pero es también el día predilecto de las ofrendas y la iglesia se atesta de gente; por igual las escalinatas que llevan a la puerta de entrada.

Allí se observa a aquel marchante, como otros tantos más, iniciando el ascenso, remembrando la subida a las pirámides de sus ancestros, en un monólogo de solicitudes a sus penas, llevando una candela, pétalos de rosa y aguardiente en un octavo de botella. Las expresiones con el sombrero de paja al aire casi llegan a una danza que no lo es y a un canto monótono, como el de la marimba de cuatro notas que se oye al fondo de la plaza. Y el marchante llega, a paso lento, hasta el «quemador». Allí se hinca; extrae de su morral - esa bolsa que siempre le acompaña - un puño de incienso de copal, que deposita en los carbones rojos en medio de una humareda solemne: sus palabras así llegan de verdad al «mundo» y son escuchadas sus plegarias. Y sorbe varias veces aguardiente (es parte del ritual) e implora más, echando a su alrededor los restos de pétalos que aún quedan a disposición.

El cura párroco siempre ha sabido permitir esa costumbre ancestral. Aunque cada vez el recién llegado se hala la toga con cierta cólera: se está en presencia de católicos que no son realmente cristianos. (Así era hasta hace poco). No hay hipocresía de por medio entre los «naturales» (así llaman los ladinos rurales a los indígenas): ellos actúan en público, sin temor ni afrenta en sus pensamientos.

El marchante abre la puerta de batiente y entra a la iglesia sólo con la candela en mano y, por supuesto, ocultando el «guaro». Lo único que la curia ha restringido es la quema de pom e incienso en el interior de la nave, por razones de asfixia: apenas hay luz, unas cuantas ventanas donde atraviesan enturbiados y tibios rayos de sol, iluminando charcos de cera y parafina de veladoras, algunas apenas parpadeando a todo lo largo y ancho frente a los santos - en especial de las varias cofradías de Chichi. El manto de humo en las paredes oscurece más el ambiente. Las bóvedas resuenan rogativas orales como un canto confuso de voces en la iglesia atestada.

### **Los rituales**

Los rituales que han perdurado y perduran entre los grupos precolombinos son propios de un proceso de larga data, entremezclando el panteísmo con la brujería

de fines del siglo pasado y principios del presente, hasta llegar a una combinación ya no sólo de elementos católicos, sino también fundamentalistas. En todo caso, esa tradición precorteciana incluso ha sobrepasado a los grupos étnicos indígenas, para ser parte del resto de la sociedad guatemalteca, en especial la que vive en el campo: en esa frontera de mutuas influencias, en una dinámica de permanentes flujos y reflujos recíprocos.

Los naturales son católicos o evangélicos, pero para ellos no hay pecado original, aunque el bautismo lo aceptan como el sello de una cristiandad sui generis. Pero si muere el infante antes de recibir el agua del sacramento, será recibido por los antepasados. No creen en la confirmación. Sí en los rezos por las bendiciones personales que hace para su bienaventuranza el chuchgajau. En ese sentido son cristianos, pero no como algunos quisieran.

Hay que entender que para el 50% de la población del país, que mantiene vigente el legado cultural precolombino, la Iglesia católica era vista en su unidad con el Estado, desde los remotos tiempos de la Conquista y la Colonia; en ese sentido, como parte del mundo de lo político. Se aceptó a Cristo y al rey de España al mismo tiempo. En esa relación, la Iglesia no penetraría plenamente en la esfera espiritual de los habitantes sometidos. Hoy, en medio de mutaciones rápidas, la presencia del catolicismo ha implicado ciertos cambios a ese respecto, e incluso el advenimiento de sectas evangélicas, llegadas vía proyectos de desarrollo para atenuar el subdesarrollo catastrófico en y luego de la reciente guerra civil. Entre tanto, desde los 70, la jerarquía católica ha tratado de modificar esa imagen Estado-Iglesia. Pero no es sino tardíamente que en los 80, en forma firme, acepta los postulados del Vaticano II y las resoluciones de Medellín, en la opción de la Iglesia por los pobres. Es así como se observa una transformación - tardía, se repite - y un pleno consenso en su seno por respetar las tradiciones de los diversos grupos étnicos y no sólo por prurito político, sino en el plano filosófico, y de estimular su pleno desarrollo. Hecho por el cual la Iglesia encontraría la oposición del sistema vigente. Sin embargo, esta tardía opción aún no se ha difundido y calado en la siquis de las grandes mayorías indígenas.

No es un azar que en plena Semana Santa de 1988, si bien no en Chichicastenango, sino en el pueblo cercano de Totonicapán, se realizó la obra teatral del Vía Crucis al aire libre en la plaza central y con la asistencia de sin número de público, cabalmente el Viernes Santo. Los naturales, actores del drama, desbordaron su espontaneísmo: casi borrachos - bebían parejo desde el inicio de la función, o tal vez antes - y la sátira contra el crucificado tuvo lugar. Así era la obra: una

ridiculización de la pasión de Cristo. Pero, al casi concluir la crucifixión, los actores ebrios empezaron a tirarle al actor crucificado frutas diversas, objetos a la mano, con gritos que sembraron un estado colectivo tal, que el público mismo empezó a imitarlos, en una avalancha que haría añicos todo el estrado del escenario y provocó la huida de los mismos comediantes. Esto es la excepción, pero que confirma en todo caso un inconsciente colectivo a prueba del tiempo.

Entre tanto, los rituales ancestrales tienen en frente del mercado la nueva amenaza: el ascenso de las sectas fundamentalistas de los EEUU. Contra 300 sacerdotes católicos hay cerca de 4.000 pastores evangélicos en el país, que a su vez, con apoyo financiero para proyectos de desarrollo, logran traspasar las costumbres en su contra. Ello especialmente por sus campañas antialcohólicas y el estímulo al ahorro, pero sobre todo por el contacto directo que tienen al dar ayuda efectiva, en ciertos casos, a diversas comunidades, requeridas de urgencia en medio de un tiempo de violencia.

El alcohol, la chicha, es parte del ritual desde tiempos precolombinos, manifestación de alegría, erotismo y dilapidación de dinero. Pero trae al mismo tiempo el efecto de endeudarse, y al final de cuentas ello favorece al finquero, para enganchar mano de obra barata, con un anticipo de sueldo, pagadero con trabajo temporal en su finca. Por ende, si bien el sistema no creó el alcoholismo, que es parte de cualquier ritual indígena, lo estimula por diversos medios. Pero, dentro del actual panorama de desempleo y falta de tierra, en especial entre los jóvenes que no quieren saber de cofradías de muy difícil acceso, se plantean ya reivindicaciones propias que en alguna forma pretenden absorber algunos partidos políticos.

### ***La fiesta de Todos los Santos***

Esta fiesta va del Día de los Santos hasta el de los Fieles Difuntos. Es animada por las cofradías de Chichicastenango, dedicadas en especial a Santo Tomás y a San Sebastián. En éstas tienen membrecía quienes poseen un holgado status, económicamente hablando. Dentro de lo que es el ascenso económico de algunas de las familias miembros, son éstas las portadoras de las demandas en defensa de la identidad étnica. Esta defensa, si bien pretende consolidar un espacio antropológico a favor de una muy incipiente burguesía indígena, también hace mucho en términos de revivir el «espíritu», en especial tras la destrucción que significó para los pueblos del altiplano la guerra civil.

No todos los que van a participar en la fiesta lo hacen por igual motivo: algunos por razones de negocios, otros por cumplir con un encargo, un joven para encontrar mujer... sin excluir a los que se mantienen lejos para no ser víctimas del alcohol, evitando perder el poco dinero que tienen y quedar atrapados luego con deudas... En este último asunto es posible apreciar la grieta de penetración de los evangélicos, que trabajan en la comunidad, cosa que hasta hace poco la Iglesia católica no hacía, amén que juzgaba pagano el comportamiento ritual sincrético de los naturales.

La fiesta no comienza el 1° de noviembre, sino desde el 28 de octubre. Al amanecer, los cohetes explotando al aire en la madrugada anuncian los preparativos.

Para comprender el proceso hay que advertir la importancia de los «principales», como parte de la administración municipal de la villa de Chichicastenango, en cuyo alrededor hay 64 distritos llamados «cantones», desparramados en las montañas. En cada uno de ellos hay un «principal» con su respectivo «auxiliar». Ambos cumplen funciones de administración, de juez menor y de ser testigos (*kalpul*) en transacciones de propiedad, así como cobrar un tipo de impuesto para las fiestas locales. Hay una división geográfica entre «principales» del este y «principales» del oeste, de donde deviene cierta hostilidad mutua. En todo caso, deciden entre todos los «principales» la elección del alcalde indígena, de acuerdo al año calendario propio de 260 días, de origen maya, tratando de que sea rotativa la selección entre los del este y los del oeste. Todo ello al margen de la ley del Estado; del sistema. Prevalece, así, el derecho ancestral indígena. Los conflictos jurídicos no resueltos por los «principales» en sus jurisdicciones pasan al alcalde indígena, en una especie de apelación. Pero éste a su vez, y los demás principales, son los proveedores de los jóvenes que tendrán a su cargo el cuidado de la iglesia de la villa, de la sacristía... y otras tareas, que incluyen las fiestas.

El 28 de octubre, los cohetes han proseguido estallando a intervalos durante el día y cada cofradía a cargo concluye sus máscaras con bucles dorados de henequén y los trajes, con partes de terciopelo, raso de colores llamativos, tiras de listón y trozos de vidrio y espejos, propios del Baile de la Conquista.

El 29, los ánimos se aceleran. En la villa de Chichi, aún vacía, se escucha alguna marimba, ecos de tambores y cohetes dispersos, pero siempre de madrugada. A las 10 a.m. salen las morerías con el Baile de Torito: alumbran el día esos trajes amarillos y verde esmeralda, todos con zapatos (y no *caites* - ojotas - que es lo usual), acompañados por aquellos instrumentos de mano (marimba corta,

chirimilla y tambor) recorriendo las principales avenidas, que se alegran al salto de los comediantes.

El 30 de octubre, la marimba toca toda la noche, y hay bailes en cada una de las cofradías al son de chirimillas y tambores. En el edificio respectivo, el electo alcalde indígena toma posesión de su cargo. El licor abunda aquí y en cada casa. Los ebrios están por todos lados. Las mujeres no se quedan atrás. Una voz escondida trasmite una noticia que pasa de boca en boca y todos se dispersan, como si un huracán estuviera llegando. Varios jeeps y uniformados, al arribar, recuerdan que aún la calma es frágil en el altiplano.

### ***Quietud insomne***

Tsijolaj es el dios o patrón de los fuegos artificiales y anuncia el 31 de octubre la misa matinal en la iglesia principal de la plaza central, repleta de asistentes. A las 10 a.m. de nuevo los bailes están en las calles. A las 6 p.m. sale una procesión de la iglesia, de breve duración. Una hora después, todo el pueblo es de una quietud insomne.

El 1° de noviembre, a las 3 a.m. los cohetes y tambores convocan a la reunión de las cofradías; sus miembros llegan ataviados con sus trajes ceremoniales. Luego, a las 8:30 a.m. oyen misa en la iglesia grande de la plaza, aun más repleta que ayer, aunque hoy las mujeres se mantienen de rodillas. Antes de entrar cada quien ha echado pom, incienso, en el quemador del graderío que lleva el atrio. Es olor a domingo y todavía más animado. Los coheteros vuelan al aire al compás del tambor. En la iglesia algunos - sabedores de la prohibición del párroco - abren sus botellitas de licor y beben. Aún más, al salir de la iglesia, muchos van desvariando, incluso los músicos que animan el baile por las calles.

Los conversos evangélicos y algunos de «Acción Católica» sufren al ver a sus hermanos en ese estado y prefieren observar el «Palo Volador», donde a una altura de diez metros, jóvenes diestros se lanzan desde su cima amarrados a los pies para quedar girando, hasta caer a tierra muy lentamente, para asombro de turistas que no pierden oportunidad de tomar fotografías.

A su modo, hay una felicidad errática. Los mestizos («ladinos») del pueblo también participan, cuando han aportado su contribución a la fiesta.

La ebriedad predomina. En la iglesia del Calvario, en frente de la principal, no se permite el ingreso sino a los naturales. Los ritos prosiguen. En esencia, todos los que van a la iglesia o ascienden al monte para visitar monolitos de deidades del pasado, piden siempre lo mismo: ayuda para esto y lo otro, para tener buena cosecha, para deshacerse de enemigos y, sobre todo, de los malos espíritus. ¡Cada solicitud, cada necesidad! En las cofradías cuyos patronos son Santo Tomás y San Sebastián, se dirigen a ellos las plegarias (aunque no son éstos santos en el sentido católico del término, sino representaciones de deidades precortecianas, o bien de algunos antepasados).

Candelas y flores, pom y rezos se van confundiendo con lloriqueos y sobresaltada alegría. Así festejan a los santos, en verdad, a los vivos, a la vida misma, según su tradicional forma de ser.

Al día siguiente es el de los muertos o difuntos. A las 3 a.m. se doblan las campanas. Pero no son campanas tristes, y la misa matinal tampoco lo puede ser, según usanza romana o calvinista. El cementerio se llena de gente para festejar con misa a los antepasados. Se quitan la *goma* (resaca, ratón o curda) incluso allí. En las casas donde están alojados los santos de las cofradías, otra fiesta sigue a la de ayer. Los responsos a los antepasados, las ofrendas, han sido regalos de amor en el camposanto y la pequeña fiesta es en su honor.

### ***¡Salud, mundo!***

Porque la vida, para los naturales, no termina en la tumba. Los ancestros son la fuerza moral de sus pasos. ¡Salud, mundo! puede ser una advocación a sus orígenes, tal vez al «Corazón del Cielo», eje divino, o simplemente Dios. Decoradas con ramas de pino, las casas se han abierto para que entren los ancestros sin dificultad, y se les ha preparado un altar con comida para que se satisfagan a gusto. Porque no hay cielo ni infierno, pues en todo caso los antepasados viven en las iglesias, en el cementerio y en las casas - de allí el respeto por sus muros.

### ***¡Salud, mundo!***

Esa advocación es el puente posible de dos visiones o submundos culturales que se han desarrollado en una imbricada historia de discriminación, por un lado, y de desprecio por el otro. El Corazón del Cielo, vertiente común que se conjuga con ese ser supremo o «mundo», está allí como cohesionador de rituales, junto con otros

que son del mundo hispanizado. El puente sólo podrá ser edificado si las bases socioeconómicas del sistema se renuevan, objetivadas hacia un desarrollo valedero para todos.